

«EL DÍA DEL JUICIO» EN LA PREDICACIÓN DE MAHOMA

JOSÉ MIGUEL ODERO

Trataremos de mostrar que la predicación de Mahoma no sólo contiene importantes elementos escatológicos, sino que ya en su misma raíz dicha predicación muestra una dimensión escatológica muy característica y distintiva. De modo que, sin ese escatologismo fundamental, el Islam quedaría desvirtuado de su potencia metanoética¹.

La segunda tesis que deberá abordarse en este estudio puede enunciarse en los siguientes términos: el núcleo teórico de la escatología islámica y la instancia desde la cual puede ésta ser explicada y comprendida más cabalmente se halla en su discurso acerca de «el Día del Juicio» (*Yawn al-dîn*).

FE ISLÁMICA Y CONCIENCIA MORAL

Las palabras de Mahoma, inicialmente cargadas de imágenes y poco dadas a manejar conceptos abstractos, constituyen fundamentalmente una apelación fervorosa a creer en el único Dios, en el Creador

1. El lector de El Corán es pronto consciente de su cadencia reiterativa. Hay determinadas historias, afirmaciones y expresiones que aparecen una y otra vez. Esta intuición responde a la naturaleza de dicho texto y a su génesis. Como es sabido, nunca se ha atribuido a la pluma de Mahoma un solo autógrafo de este libro; a pesar de lo cual, es reconocido universalmente como autor del mismo. Mahoma se limitó a predicar los textos que luego otros editarían. En vida del profeta los primeros musulmanes fueron memorizando y, en parte, poniendo por escrito sus predicaciones.

Desde el siglo XIX muchos orientalistas se han dedicado a estudiar el proceso que arranca desde la predicación de Mahoma y concluye en las diversas ediciones del texto coránico. Igualmente numerosas carreras académicas se han centrado en la tarea hercúlea de distinguir dentro del texto coránico azoras y aleyas correspondientes a las grandes etapas de la vida profética de Mahoma: sus primeras amonestaciones en La Meca, la predicación en Medina tras la Hégira, etc. En la presente investigación no va a resultar preciso remitirse a estos estudios históricos (al menos, no de modo sistemático), pues nuestro interés se centrará en el kérigma islámico original como un todo, como la realidad literaria a la cual se remite el Islam (de modo prácticamente unánime) en cuanto guía divina para su fe y para su praxis.

de cielo y tierra, bajo cuyo Señorío debería regirse la vida humana personal y social. Ser musulmán significa ser creyente en Dios (*muslim*). Esta fe aparece como una actitud existencial, intelectual y volitiva. Su esencia es la sumisión —someterse activamente (*islâm*)— incondicional al único Señor, el reconocimiento teórico y práctico de su majestad.

La fe en cuanto sometimiento se manifiesta inmediatamente en tres actitudes: en la oración, en el rechazo decidido de cualquier forma de autosuficiencia —especialmente las que propician el dinero y el poder político—, y finalmente en una conducta honrada hacia sí mismo y hacia los demás. Entre las buenas obras que Mahoma suele mencionar al respecto se hallan la justicia y compasión con los desprotegidos —los huérfanos, por ejemplo—, así como la limosna (que supone derribar el ídolo de la riqueza).

Pues bien, quien lea El Corán en busca de su dimensión escatológica posiblemente advierta la reiteración de una síntesis del contenido de la fe islámica que muy posiblemente no resulta familiar a los no musulmanes: «Creemos en Dios y en el Último Día (*Akhira*)» (2, 8).

Serán salvados por Dios «quienes creen en Dios y en el último día, y hacen obras piadosas»². Por ese mismo Mahoma exhorta a combatir a todos aquellos que «no creen en Dios ni en el último día» (9, 29), ya que «la stampa del mal corresponde a quienes no creen en el último día»³.

No se salvarán «quienes no creen en la última vida»; Dios afirma de ellos: «Les hemos preparado un tormento doloroso» (17, 11/10). Ese castigo los pillaré desprevenidos porque «no creen en su Encuentro (*liqâ*)», el cual tendrá lugar cuando finalmente se hallarán ante Dios Juez. Pero la increencia los han encerrado en sí mismos, tornándolos incapaces para recibir la Misericordia divina (23, 76/74). Y como no poseen la auténtica fe, de esos materialistas afirma Dios: «Ponemos velos en sus corazones y sordera en sus oídos para que no com-

2. 2, 60; 2, 228; 2, 232; 4, 62/59; 9, 100/99; 4, 160/162.

3. 16, 62/60. En las referencias bibliográficas correspondientes a citas de El Corán el primer dígito designa la azora, y el segundo la aleya o aleyas de dicha azora donde puede confrontarse dicha cita; ambos dígitos van entre paréntesis, separados uno del otro mediante una coma. Cuando aparezcan dos números diversos de aleyas separados por una barra transversal, el primer número corresponde a la edición de Flügel (Leipzig 1834) y el segundo a la canónica caiota (El Cairo 1923). No debe extrañar que nuestras referencias a las azoras de El Corán no sigan un orden ascendente (desde el número menor al mayor), pues dicho orden carece de relevancia cronológica o temática. Como es sabido, las azoras fueron editadas en general según un criterio de ordenación muy extrínseco: según la mayor o menor extensión de cada una, en orden decreciente. De hecho las azoras más extensas —a las cuales corresponden los primeros números— suelen ser consideradas las menos antiguas (cfr. art. *Kuran*, en *Encyclopédie de l'Islam*, V, Leiden ²1986, pp. 401-435).

prendan» (17, 47/45). En definitiva, los no creyentes son personas íntimamente *desorientadas*, aunque paradójicamente Dios permita a menudo que su estilo de vida en este mundo parezca envidiable (27, 4).

La predicación acerca del Día del Juicio recalca la íntima responsabilidad personal que atañe al hombre respecto de cada una de sus acciones propiamente *humanas*, es decir, aquellas que son fruto de un acto de libertad⁴. Pero, por lo que respecta al presente estudio, sólo nos interesa destacar cómo la fe en el último Día constituye bastante a menudo el segundo y último elemento de lo que parece una expresión tradicional —consagrada ya en vida de Mahoma—, que posee una indudable relevancia en la predicación islámica. Tan es así que en ocasiones Mahoma se limita a mencionar como objeto de la fe salvadora el estar convencido «de la última vida»⁵, entendiendo obviamente que creer en el Gran Don divino lleva implícita la fe en ese Dios Misericordioso y Justo⁶.

Al examinar esta relación resulta inevitable remitirse a las raíces fundamentales de la fe islámica. La vida de los creyentes (*musulmanes*) se construye desde un esencial despegamiento a los bienes efímeros de este mundo⁷, pues ellos «esperan en Dios y en el último Día» (33, 21). En efecto, según Mahoma atestigua, Dios afirmarí que la vida humana es «un contrato a plazo fijo. A quien desea la recompensa de este mundo, le damos parte en ella; y a quien desea la recompensa de la última [vida], le damos parte de ella. Recompensamos a los agradecidos» (3, 139/145). Dicho de otro modo: quienes ponen su esperanza en la riqueza o el poder no están agradeciendo a Dios la vida que de Él recibieron, pues no hacen nada por Él sino que sólo se guían por su egoísmo. Así, de acuerdo con el contrato de la vida, sus satisfacciones acaban con el plazo mismo señalado para su vida terrenal⁸.

4. Cfr. 2, 161/166s. En este sentido aconseja aplicar a los delincuentes sin piedad alguna los estrictos castigos de la ley islámica: «Si creéis en Dios y en el último Día, no tengáis compasión de ellos». Más aún, insta a «que un grupo de fieles dé fe de su tormento» (24, 2). El profeta de los árabes fue ciertamente un legislador draconiano.

5. 31, 3/4. «La estampa del mal corresponde a quienes no creen en la última [vida]» (16, 62/60); la maldición divina caerá sobre los injustos, «que apartan de la senda de Dios (...) y no creen en la última [vida]» (22, 19).

6. Por el contrario el no-sometimiento a Dios procede de la soberbia humana. La siguiente aleya resulta muy significativa al respecto: «Vuestro Dios es un dios único. Los corazones de quienes no creen en la última [vida], le niegan y son orgullosos. (...) Él no ama a los orgullosos» (16, 23/22-25/-).

7. «¡Gentes mías! Esta vida mundanal es goce furtivo; la última vida es la morada de la permanencia» (40, 42/39).

8. Esta idea del contrato resulta útil para explicar uno de los temas clásicos de la teodicea: el éxito mundano de los injustos y, paralelamente, las contrariedades que sufren los creyentes en la vida presente (cfr. 2, 120/126 y 210/214).

El Día del Juicio parece constituir una de las claves de la predicción de Mahoma. Esta referencia escatológica, una y otra vez reiterada en las diversas azoras coránicas, posee sin duda una función apelativa neta: apelación a cada inteligencia humana, enfrentada con la inquietante pregunta por su futuro personal; apelación a la conciencia moral para que el hombre se decida a obrar rectamente de cara al examen crítico que Dios ejercerá sobre cada una de sus acciones⁹.

LA FE EN EL DÍA DEL JUICIO

La fe en el definitivo Juicio (*dîn*) que Dios llevará a cabo y que restablecerá la justicia entre los hombres, aparece en alguna ocasión como la condición necesaria y suficiente para merecer esa Misericordia divina. Así leemos que del castigo eterno «se exceptúan quienes consideran verídico el día del Juicio»¹⁰.

Bien es cierto que Mahoma asocia íntimamente la fe (entendida como sometimiento ante Dios) con la decisión de llevar una vida honesta a causa del convencimiento en ese futuro Juicio de Dios. Por dicho motivo, en su discurso acerca de la salvación usualmente son mencionados explícitamente estos tres elementos: fe en Dios, rectitud moral y fe en el Juicio Final. Pero no deja de resultar sugestivo el texto aducido, en cuanto posiblemente revela una convicción del Fundador del islamismo; a saber, que quienes están convencidos de la realidad del Día del Juicio lo están gracias a su recta fe monoteísta en Dios, y que la creencia religiosa en ese Juicio es el motivo más eficaz para que los hombres actúen con rectitud moral¹¹.

Por el contrario, quienes «desmienten el Día del Juicio» (83, 11) son «Los Defraudadores» (título de la azora 83), los mentirosos e injustos por excelencia. Mahoma encontró entre sus conciudadanos de La Meca una fuerte resistencia ante esta verdad última; por predicarla a menudo era tachado de simplón o arcaico: «Son leyendas de primitivos», le replicaban¹². Y él reaccionaba siempre con energía: «No lo desmiente más que todo transgresor, pecador. (...) La herrumbre se ha apo-

9. «Quienes no creen en la [última] vida, se alejan del camino» y buscan «asilo en su rebeldía, como ciegos» (23, 76/74s.).

10. 70, 26. En el mismo sentido: «¡Ay de quienes son incrédulos en el Día con que se les ha amenazado» (51, 60).

11. «Tú no tienes medio de forzarles [a creer]. Instruye, pues, con la Predicación a quien teme mi amenaza» (50, 44/45s.). La predicación del Juicio tiene como finalidad inmediata suscitar una actitud de temor saludable, que remueve la inercia y la pasiva comodidad del espíritu humano.

12. Cfr. 83, 13; 46; 16/17; 26, 137.

derado de sus corazones debido a lo que han adquirido»¹³. La imagen de cómo el bienestar económico tiene la potencialidad para oxidar el ánimo humano, corroerlo y así ir destruyendo su más íntima dinamidad —la capacidad de creer— resulta especialmente apropiada.

CREACIÓN Y JUICIO

Negar el Juicio supone rechazar la gratuidad de la Creación y la dependencia del hombre respecto a Dios. Este punto doctrinal está muy desarrollado en la azora n. 96: «El cóágulo».

El advenimiento de ese Día resultará, sin embargo, inevitable, pues «procedente de Dios, no se podrá rechazar» (30, 42/43). Es más: el designio divino sobre ese Día es tan importante que el Juicio está latente en cada momento del devenir histórico. La Hora «pesa en los cielos y en la tierra» (7, 186).

El hombre se juega su destino en el Día del Juicio, que por ello es denominado «el día de la Decisión (*yawn al-fasl*)» (77, 13 y 38), aquel en el que Dios decidirá la suerte definitiva de todos y cada uno de los hombres¹⁴.

A la luz de la fe en ese Juicio la vida humana terrenal se presenta en su auténtica naturaleza, como un *tiempo de prueba*: «Nos hemos creado al hombre (...). Lo probaremos, puesto que lo hemos hecho vidente, oyente»¹⁵. El entendimiento y la libertad hacen al hombre ca-

13. 83, 12. La avaricia y el ansia de poder aparecen siempre ante Mahoma como las raíces principales de la incredulidad. En efecto, ambas actitudes despiertan en el hombre una honda predisposición hacia la autosuficiencia y el orgullo. Pero la soberbia del autosuficiente se halla en las antípodas del sometimiento absoluto a Dios como Señor de nuestra vidas; es decir, la soberbia constituye la antítesis de la fe, y en ella radica la perversidad humana (46, 19/20). En efecto, «Quien desee el poderío..., a Dios pertenece por completo el poderío. (...) A Él pertenece la realeza. (...) ¡Hombres! ¡Ante Dios sois pobres! Dios es el Rico, el Alabado» (35, 11/10-16/15 *passim*). Sobre la relación entre incredulidad y la avaricia de los ricos, cfr. 34, 33/34s. Acerca del rechazo de los altaneros es muy elocuente la aleya que Dios dirige como advertencia a la persona misma de Mahoma: «¡No andes con petulancia por la tierra! Dios no ama a ningún presuntuoso engreído» (31, 17/18).

14. «Di: “Nuestro Señor nos reunirá. Luego decidirá entre vosotros según la Verdad. Él es El Que Decide, el Omnisciente”» (34, 25/26). «El Día de la Decisión es la cita de todos» (44, 40). La expresión «Día de la Decisión» se halla también en 37, 21. Ya tardíamente también la predicación de Mahoma y de los profetas se autodenomina «decisiva» o «discernimiento (*Furqân*)» (cfr. la azora n.º 21: «Los Profetas»; 25, 1), en cuanto es una apelación que, anunciando el Juicio, lo anticipa.

15. 76, 2. Mahoma relaciona esencialmente la fe en el Día del Juicio con la conciencia que el hombre puede y debe adquirir de su naturaleza de criatura. Si el mismo Dios omnipotente nos ha creado —«a partir de una gota de semen», según su expresión—, «¿no será capaz de dar la vida a los muertos?» (73, 37-40).

paz de ser existencialmente responsable ante Dios, en ello se trasluce su dignidad singular entre las criaturas¹⁶.

Por otra parte, Mahoma entiende que Dios ha creado el universo para que los hombres pudieran ser salvados y para salvarse ellos mismos mediante la sumisión a Dios: «Dios ha creado los cielos y la tierra con un fin y para recompensar a cada alma según lo que haya adquirido. Ellos no serán vejados»¹⁷.

No deja de ser interesante advertir cómo Mahoma subraya la relación intrínseca que existe entre alcanzar la verdad salvífica (siendo consecuente con ella mediante el sometimiento de la propia vida a Dios) y ser salvado. En efecto, el error en los principios religiosos fundamentales es una causa cierta de perdición¹⁸. Aunque Dios exige de los creyentes una autenticidad existencial, que debe ser capaz incluso de heroísmo, por ejemplo ante la persecución (cfr. 29, 9/10).

LA RESURRECCIÓN UNIVERSAL, CONVOCACIÓN DE LA HUMANIDAD ANTE DIOS

Previamente al Juicio Dios resucitará a todos los hombres que han muerto desde el comienzo de la historia. Así el Día del Juicio será también el Día de la Resurrección (*yawn al-kiyâma*), una gran obra de Dios, una realidad misteriosa y sagrada.

La azora n. 73 —«La resurrección» (*al-Kiyâma*)— comienza con un juramento divino atestiguando solemnemente la realidad de ese hecho futuro: «¡Juro por el Día de la Resurrección!» (73, 1).

La resurrección de todo hombre posee una finalidad inmediata: la convocación universal de la humanidad entera ante el trono de Dios; a esa citación no faltará nadie (cfr. 18, 45/47). En este sentido el Día del Juicio es denominado también «el Día de la Reunión (*Hashr*)»¹⁹.

16. «No descuidaremos parte alguna de sus obras: todo hombre es rehén de lo que hace» (52, 21). La realidad del Juicio enfatiza que la responsabilidad es el fundamento de una vida auténticamente humana (cfr. J. JOMIER, *Dieu et l'homme dans le Coran. L'aspect religieux de la nature humaine joint à l'obéissance au Prophète de l'Islam*, Paris 1996, p. 118). Desde esta perspectiva, Dios puede ser descrito como *Aquel que nunca puede ser interpelado*; y el hombre, por el contrario, se define existencialmente como *aquel que necesariamente será al final interrogado* (21, 23; 16, 95/93).

17. 45, 16/17. «No hemos creado jugando los cielos, la tierra (...). Los creamos con un fin» (44, 38s.).

18. «Lo que pensabais respecto de vuestro Señor os ha dañado: estáis entre los defraudados» (41, 22/23). En el Islam no hay sitio para el relativismo moral: «La bondad no equivale a la maldad. ¡Rechaza la maldad con lo que es mejor!» (41, 34).

19. 64, 9. La misma expresión se halla en 50, 43/44; 42, 5/7. «Aquel será un día en que serán reunidos los hombres» (11, 105/103); «El Día [en que] los reúna» (10, 46/45); «Su lugar de reunión estará junto a Nos» (10, 47/46); «Os reunirá el Día del Juicio» (6, 12).

Esa reunión universal debe ser considerada en primer lugar como *reunión ante Dios*, pues el hombre, que ha sido creado por la mano divina, sale de Dios para volver finalmente ante Él: «Nosotros a nuestro Dios volveremos»²⁰.

Paradójicamente el Día de la Reunión acabará como Día de Separación, pues con el Juicio divino los hombres «serán separados» (30, 42/43) y «se escindirán» en dos grupos irreconciliables²¹.

En ese Día, la Resurrección de los hombres será la manifestación más destacada de una total transformación cósmica. Dios que «inició la creación, luego la renovará»²².

EL DÍA DEL TERRIBLE DESENGAÑO

Usualmente Mahoma pinta con matices muy sombríos el Día del Juicio: será «el Día Difícil, nada fácil para los incrédulos»²³; «la Hora

Este encuentro con Dios debe ser entendido más bien como *encuentro de los hombres ante Dios* y no propiamente como un *encontrarse con Dios*, pues según Mahoma el rostro divino (su Esencia) siempre permanecerá velado al hombre, tal es su concepción de una trascendencia absoluta (cfr. J. JOMIER, *Dieu et l'homme*, pp. 119s.).

20. 43, 13/14. «Nos damos la vida y hacemos morir. Hacia Nos conduce el porvenir» (50, 42/43; cfr. 42, 14/15); «Él os creó por primera vez, y a Él seréis devueltos» (41, 20/21; 28, 88); «Hacia Él seréis devueltos» (30, 10/11); «Hacia Él serán reunidos» (6, 36); «Dios os ha creado; después os llamará» (16, 72/70); y convocará a la humanidad «hacia Nos, [que soy] vuestro lugar de reunión» (10, 24/23). Las almas «serán devueltas a Dios, su Señor, la Verdad» (10, 31/30).

Incluso el verdadero Dios es designado en ocasiones mediante esta referencia escatológica: «Adoro a Dios, Aquel que os llamará» (10, 104; cfr. 4, 80/87).

En la cultura académica musulmana la escatología como tal es denominada con el término «retorno» (*al-ma'ād*): cfr. L. GARDET, art. *Kiyāma*, en *Encyclopédie de l'Islam*, C.E. BOSWORTH y otros (ed.), V, Leiden ²1986, p. 233. La vida humana se mueve entre la creación divina (*exitus a Deo*) y el retorno frente a Él el Día del Juicio (*reditus ad Deum*). Como es sabido, esta misma idea inspiró la estructura de la *Summa theologiae* de Tomás de Aquino.

21. 30, 13/14. Muy gráficamente se subraya esa escisión aludiendo al «Día en que unos rostros se blanqueen y [otros] se ennegrezcan» (3, 102/106).

22. 30, 10/11. Creación y Juicio son hechos metahistóricos, los dos polos determinantes de la vida humana, opuestos entre sí pero dotados del mismo estatuto determinante, ambos reveladores de la Omnipotencia divina (cfr. L. GARDET, *Kiyāma*, p. 234). Mahoma acude a unas pocas imágenes para referirse a los cataclismos que comportará la destrucción del mundo en que vivimos: «se abrirá el cielo» y «los montes se pondrán en marcha» (78, 19s.) hasta desaparecer, quedando la tierra plana (20, 105-107; 18, 45/47); el cielo «se desgarrará» y todos los ángeles descenderán a la tierra (25, 28/26). El cosmos entero (planetas, cielos, mares y tierras) se derumbarán ante Dios (cfr. 82, 1-4; 56, 1-6 y la entera azora n. 81, titulada «El oscurecimiento»).

Todos los hombres morirán (29, 57) y, en definitiva, «todas las cosas perecerán ante Su Rostro» (28, 88). Entonces se manifestará la gran Verdad: que sólo Dios es el Subsistente, el que Permanece, el Viviente eterno e inmutable.

23. 74, 9s.; cfr. 54, 8. De modo dramático se describe la aflicción de los incrédulos: «Será un día de angustia para los infieles. El injusto morderá sus manos diciendo: "Ojalá hubiese emprendido la senda del Enviado"» (25, 28/26s.).

será muy cruel y amarga» (54, 46). En conclusión, aquel Día merece ser llamado *la «Cosa Terrible»* (54, 6).

La invocación de tal Día adopta usualmente la forma de amenaza. Ahora muchos hombres dedican sus vidas a «discutir y jugar» ociosamente sobre temas religiosos, ajenos a la seriedad y autenticidad que requieren; pues bien, éstos mismos serán «cubiertos de humillación» cuando llegue ese Día²⁴. En esa Hora «serán los más decepcionados» (11, 24/22), pues la realidad escatológica pone de relieve la relatividad de los valores socialmente aceptados en la vida presente²⁵. Con notable pericia literaria se describe a esos decepcionados, vagando con «los ojos desorbitados, fijos; la cabeza levantada, sin recuperar el parpadeo, y su corazón vacío» (14, 43/42s.).

Para ellos «ése será el Día del Desengaño mutuo» (64, 9), cuando será revelada la futilidad de sus existencias y cuando se les cerrará definitivamente la puerta a cualquier esperanza. No podrán aducir excusas para justificarse²⁶, y «quedarán estupefactos»²⁷, cuando constaten que sus vidas resultan inanes: «En el Día de la Resurrección no les concederemos peso» (18, 105).

Quienes se han negado a reconocer en vida el Señorío de Dios, no serán en adelante reconocidos como criaturas divinas: «No tendrán parte en la última [vida], ni Dios los hablará ni los mirará el Día de la Resurrección» (3, 71/77; cfr. 2, 169/174). Es más: «serán rechazados» por Dios (cfr. 2, 79/85).

24. 70, 42-44. «¿No saben que quien se opone a Dios y a su Enviado tendrá el fuego del Inferno?»; vivir en ese estado calamitoso eternamente «ésa es la enorme humillación» (9, 64/63; cfr. 6, 124).

25. «Sabad que la vida mundanal es juego, distracción, gala y jactancia mutua entre vosotros; competencia en riqueza e hijos es como la llovizna; la vegetación que maravilla a los incrédulos luego se agosta, la ves amarillear, luego queda seca. En la última vida hay un castigo terrible y un perdón, una satisfacción de Dios, mientras que la vida mundanal no es más que un goce falaz» (57, 19/29-20; cfr. 3, 182/185). Sólo tras el Día del Juicio, la vida humana podrá ser «la morada de la permanencia» (40, 42/39). Mientras tanto el gran peligro que acecha al hombre en la tierra radica en amar alguna realidad creada como si fuera imperecedera, y preferirla así al don de Dios (cfr. 18, 33/35s.; estas aleyas forman parte de la famosa «Parábola del dueño de los jardines»).

El orgullo se manifiesta en un materialismo voluntariamente contrario a la trascendencia, pues aunque tras el Día del Juicio Dios devolviese al mundo a quienes son incrédulos, ellos «dirían: “No existe más que nuestra vida mundanal” (6, 29). Como correlato a este empecinamiento y dura cerviz, para quienes así se comportan, la gran decepción consiste en una situación de hecho y que resulta irrevocable: que “Dios los coloque en el Inferno” (8, 38/37).

26. 40, 55/52. La expresión «El día de la Resurrección ante vuestro Señor discutiréis» (39, 32/31) debe ser entendida como una figura del lenguaje. Su contexto indica que la intención de Mahoma es denunciar que las discusiones religiosas son inútiles. La Verdad de Dios se impondrá por sí misma en el Día del Juicio: «No se permitirá [hablar] a quienes no hayan creído, ni serán perdonados» (16, 86/84).

27. 30, 11/12. Les sorprenderá encontrarse enfrentados a Dios, a pesar de su creencia en que «no cometíamos daño». Sin embargo se les responderá que la ignorancia puede ser culpable, y que ellos lo son en efecto: «¡Sí, Dios conoce bien lo que hacíais!» (16, 30/28).

De hecho, buena parte de su humillación radicarán en la conciencia de saberse solos ante Dios, en la desnudez de su mala fe. Mahoma insiste en que los réprobos no podrán encontrar aquel Día algún tipo de ayuda ni en su familia ni en su tribu²⁸, ni tampoco en los ídolos materiales en los cuales confiaban²⁹, es decir, no podrán contar con algún «defensor ante Dios» (40, 34/32) y «llegarán aislados a Él»³⁰.

En fin, el Día del Juicio será para ellos «el Día de la Pérdida» (19, 40/39), pues «su refugio será el infierno (*Djahannam*). ¡Qué mal lecho!»³¹.

EL DÍA DEL MAYOR ÉXITO

Ciertamente ese Día presentará otra faz a quienes son auténticamente creyentes (obedientes a Dios, sometidos a Él).

La fe es un estímulo para comportarse con justicia. Así no es extraño que Mahoma, mientras en la azora 65 se está entreteniéndolo en establecer algunas medidas legales acerca del repudio de una esposa, se remonte súbitamente a la dimensión escatológica de quienes se esfuerzan en ser justos en este conflicto conyugal: «Poned de relieve el testimonio de Dios. Con esto se exhorta a quien cree en Dios y en último Día. A quien teme a Dios, Dios le dará una salida. (...). Quien en Dios se apoya, en Él encuentra su recompensa» (65, 2-3/).

En otro trabajo hemos puesto de relieve cómo la representación de la recompensa que Dios otorgará a sus fieles gira siempre alrededor de la imagen de *un jardín fecundo* donde los creyentes disfrutarán eternamente de una vida satisfactoria³². Con frecuencia Mahoma aña-

28. Cfr. 60, 3.

29. Como es sabido, Mahoma denomina a esos ídolos usualmente con el término «asociados», en cuanto los idólatras asocian realidades creadas al Dios único, sustituyéndolo por ellas. El Día del Juicio revelará la impotencia e inanidad de esos asociados (30, 12/13).

30. 19, 95. A los judíos se les recuerda que sus santos antepasados no podrán socorrer a quien ha sido impío (cfr. 2, 116/122s.).

31. 3, 107. En continuidad con la tradición bíblica, el Infierno es asociado al tormento del fuego: «Temed al fuego que se ha preparado para los infieles» (3, 126/131).

32. Cfr. J.M. ODERO, *Evangelización e Islam*, en «*Dos mil años de evangelización*». XXI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, E. DE LA LAMA (ed.), Pamplona 2001, pp. 413-429. «Dirán: ¡Alabado sea Dios, quien ha apartado de nosotros la tristeza! (...) Quien nos ha instalado en la morada de la permanencia; en ella no nos tocará pena, ni nos tocará la fatiga» (35, 31/34s.); estas aleyas presentan cierto paralelismo con Ap 21, 4. Es interesante constatar que el texto coránico sólo contiene una par de veces el término «Paraíso» (*al-Firdaws*), mientras que utiliza 62 veces «jardín» (*al-djanna*) para referirse al lugar destinado a los creyentes (cfr. E. PLATTI, *Islam... étrange?*, Paris 2000, pp. 68s.). «Aquella última morada la hemos preparado para quienes no aman en la tierra ni la soberbia ni la corrupción» (28, 83).

de a modo de reflexión exhortativa: «Este es el mayor éxito» (64, 9). La salvación revela la veracidad y justicia divina: «La Palabra no se altera junto a Mí, no seré injusto con mis servidores»³³.

El Dios Juez es simultáneamente un Dios que perdona y un Dios que salva a quien se pone en sus manos dócilmente. Dicho en Palabras atribuidas a Dios: «Os borraremos vuestros pecados y os haremos entrar [en el paraíso] generosamente»³⁴.

Ciertamente El Corán contiene algunas descripciones muy mundanas del Paraíso, pues —según Mahoma— «lo que se les dé» a quienes sean salvos, «tendrá la apariencia» de las cosas de esta vida (2, 23/25). Sin embargo, no por eso deja de anteponer a esas satisfacciones sensibles *la gran recompensa*, que es «el perdón de Dios» en cuanto tal³⁵. Este sentido escatológico de la penitencia está implícito en el ritual diario de todo musulmán, ya que es propio del creyente pedir perdón a Dios por sus pecados: Dios presta atención «a quienes piden perdón en la aurora» (3, 15/17).

Aunque tan sólo lo apunte en un par de ocasiones, el fundador del islamismo entiende que las relaciones con Dios del hombre salvado serán elevadas a una nueva dimensión. En este sentido, llega a declarar que tras el Día de la Resurrección «el Clemente pondrá [su] amor» en los creyentes auténticos (19, 95). Y en otro lugar puede leerse que Dios será incluso «su amigo por lo que han hecho» (6, 127).

Pero, antes de que Dios pronuncie este veredicto salvador, incluso los justos padecerán una ansiedad extrema, una emoción característica de este Día del Juicio, «cuando los corazones estarán acongojados, cerca de las gargantas» (40, 18). En efecto, todos los hombres son pecadores y tienen razón para temer ese Día.

33. 50, 28/29. El término «justicia» (*ʿadl*) es una noción tardía en El Corán, debido a que su referente es una noción abstracta. Su presencia es, con todo, determinante, y ya aparece implícitamente en las primeras recitaciones de la predicación de Mahoma, cuando éste contrasta la Creación divina del hombre en armonía (*ʿadala*) y la inica respuesta de la humanidad, que miente al negar el advenimiento del Juicio (cfr. 82, 6-9).

34. En esta aleya —al igual que otros lugares paralelos— Mahoma desconoce la dimensión de *ofensa a Dios* que es propia del pecado. Quizá le resultaba inconcebible que las acciones del hombre pudieran tener algún efecto en Dios, cuyo Ser nos trasciende radicalmente: los incrédulos «no vejaron a Dios, pero fueron vejados ellos mismos» (16, 35/33). En cualquier caso, es un hecho que Mahoma considera que el pecado es tan sólo una injusticia del hombre respecto a sí mismo, una indignidad: «Quien rompe las prescripciones de Dios es injusto consigo mismo» (65, 2); «Quien hace obra pía, la hace para sí. Quien hace mal, contra sí» (41, 46); en estos términos describe El Corán el pecado original de Adán y Eva (cfr. 7, 22/23). Lo que Dios castiga es esa injusticia, esa autodegradación moral; pero estaría fuera del alcance de la libertad humana conseguir contrariar a Dios pecando (cfr. 9, 3).

35. Cfr. 3, 130/136. La mejor recompensa consiste en la aquiescencia y en «una mayor satisfacción de Dios», todo ello fruto del perdón divino (9, 73/72; 89, 29s.).

Mahoma exhorta a los creyentes: «¡No desesperéis de la misericordia de Dios! Dios perdona todos los pecados. Él es el Indulgente, el Misericordioso» (39, 54/53). La consideración e invocación de la Misericordia divina es uno de los motivos centrales del texto coránico³⁶.

El único pecado imperdonable es la incredulidad, la obstinación en no someterse a Dios. Otros pecados ciertamente dejan un rastro de maldad en el hombre creyente y sometido a Dios; por eso —según el Fundador del Islam— éste deberá ser purificado por Dios antes de acceder al Paraíso: «Habremos arrancado el odio (*ghill*) que haya podido haber en sus pechos» (15, 47).

EL DÍA DE LA GLORIA DIVINA

La condición de posibilidad del Juicio es la Omnisciencia divina, a la cual no escapan ni los actos ni las intenciones más ocultas del corazón humano: «Dios es Omnisciente por encima de toda cosa» (33, 40). Por ello en el Día «reconocerá a quienes sean verídicos, reconocerá a los embusteros»³⁷.

Según Mahoma, Dios promete a los hombres que en ese Día «os informaremos de lo que hayáis hecho» (10, 24/23). Lo cual, desde la perspectiva pesimista del profeta árabe, radica en que «Dios [hará] salir lo que teméis»³⁸. En todo caso, lo más radical en esta tesis consiste en afirmar que los hombres necesitamos que Dios nos revele el autén-

36. «Ha prescrito para Sí la misericordia» (6, 12). Como es sabido, la recitación de cualquier azora coránica viene precedida de una invocación reiterada de este atributo divino (según aparece en 1, -/1 y 2/3): «En el nombre de Dios (...), el Clemente, el Misericordioso». Los creyentes, es decir, quienes obedecen a Dios, deben llenarse de esperanza en esa Misericordia: «¡Tal vez seáis compadecidos! Corred hacia el perdón de Dios» (3, -/132s.; cfr. 2, 215/218). Dios otorgará en esa hora su Gracia (*Rahma*). De acuerdo con esta creencia tradicional los musulmanes impetran esa Gracia en su ritual de exequias (cfr. D. STEIGERWALD, *L'Islam. Les valeurs communes au judéo-christianisme*, Montréal 1999, p. 208).

Cuando Mahoma se dirige a quienes han creído en Dios al oír su predicación, habla en ocasiones de la salvación como un acontecimiento que ya ha tenido lugar: «Estabais al borde de una fosa de fuego, pero os salvó» (3, 99/-). Es una formulación positiva del principio *iustificatio ex fide*, en cuanto establece una relación intrínseca entre haber creído y un proceso de salvación que se inicia ya en esta vida.

37. 29, 2/3. Paradójicamente Mahoma describe la situación de los condenados como una ruptura completa de sus relaciones con Dios; Dios los condenará a Su Olvido. Cuando cada uno de los infieles pregunte al Señor: «¿Por qué me has traído ciego al Juicio? Antes era vidente», Dios le responderá: «De idéntica manera que te llegaron nuestras aleyas, pero tú las olvidaste, así hoy eres olvidado» (20, 125s.).

38. 9, 65/64. La insistencia coránica en que Dios lo ve todo «raya en la amenaza» (JOMIER, *Dieu et l'homme*, p. 126).

tico valor de cada una de nuestras vidas³⁹. La única perspectiva posible para abarcar la verdad de nuestra subjetividad es la que posee nuestro Creador.

Ante la imponente autoridad de la Verdad divina ningún hombre osará alzar la voz en ese Día ni será capaz de oponer resistencia alguna a la Palabra de verdad que Dios pronuncie sobre cada uno; por el contrario, «se humillarán los rostros ante el Viviente, el Subsistente!»⁴⁰.

El Día del Juicio será, pues, el día de la Gloria divina, cuando se revelará plena, universal y evidentemente su Señorío. Como contrapartida, todos los hombres serán conscientes de su propia inanidad como criaturas. Por estos motivos Dios merece ser denominado «Soberano del Día del Juicio»⁴¹.

EL DÍA DE LAS LLAMADAS Y EL GRITO SEGÚN LA VERDAD

En el Día de Juicio y de la Resurrección es denominado también «Día de las Llamadas» (40, 34/32). Efectivamente, si en ese Día los muertos serán despertados a la vida, será con el fin de que la humanidad entera sea convocada, llamada por Dios para ser colocada frente a Él, frente a quien es la Verdad Subsistente.

El objeto de dicha llamada consiste, pues, en despertar del sopor de las apariencias mentirosas y ser enfrentado a la Verdad sobre Dios y el hombre, a la verdad sobre el peso y valor que ha tenido su propia vida.

Para aludir a esa convocatoria Mahoma utiliza un tópico de la literatura apocalíptica judeocristiana: el sonido penetrante de una trompeta (a veces habla del de un cuerno).

Otro término quizá más inquietante es «el Grito». En el Día del Juicio todo ser humano oirá «el Grito según la Verdad» (50, 41/42), un Grito espeluznante y terrorífico⁴².

39. «Dios será testigo en contra de lo que hacían» (10, 47/46); «Seréis devueltos al Conocedor de lo oculto y del Testimonio, y [Él] os anunciará lo que hayáis hecho» (9, 106/105). El Corán advierte que la piedad comporta una coherencia vital entre la actitud interior de sometimiento a Dios (*fe*) y las buenas obras que son propias de dicha fe (cfr. 2, 172/177).

40. 20, 109/110. El Creador es Señor (*Rabb*), el único Señor. (cfr. la azora 55 «El Misericordioso (*Al-Rahmân*)»).

41. 1, 4. Esta verdad constituye «uno de los artículos principales de la fe musulmana», y todo buen musulmán la recuerda de modo reiterado en sus oraciones diarias (*fâthiha*): cfr. J. JOMIER, *Dieu et l'homme*, p. 118.

42. Mahoma usualmente menciona «el Grito» en otro contexto muy recurrente: cuando algunos pueblos habían rechazado la predicación de algún Profeta de Dios, «el Grito» los aniquiló y los borró totalmente de la faz de la tierra. Referido al Día del Juicio, el Grito no es exterminador, sino más bien espeluznante (por metonimia): El único Grito de ese Día convocará todos los hombres «acusados ante Nos» (36, 53).

Ante ese Grito la luz de la verdad acerca de la propia existencia será penetrante e irresistible: «Estuviste descuidado de esto. Te hemos quitado el velo, hoy tu vista es aguda» (50, 21/22). Ante ese resplandor se apagará cualquier protesta o discusión (50, 27/28).

Para expresar la absoluta irrefutabilidad de la sentencia condenadora, El Corán concibe que la Palabra de Dios —expresión de su Verdad— está dotada de un singular peso específico, propio de la realidad más sólida. Moviéndose en este ámbito semántico dice que sobre los condenados «caerá la Palabra» divina⁴³ y caerá de modo definitivo, sin remisión, porque «Él no hará triunfar a los injustos» (6, 136).

El Día del Juicio supondrá la reivindicación universal de la Verdad: «La tierra se iluminará con la luz del Señor (...). Se juzgará entre los hombres de acuerdo con la verdad», y los creyentes tendrán satisfacción de burlas y persecuciones sufridas en la tierra: «Ellos no serán vejados» (39, 69). Por el contrario, «la Palabra del tormento contra los infieles se cumplirá» (39, 71) y la verdad del Señorío divino que estos últimos rechazaron «los rodeará» (39, 49/48). En ese Día se verán forzados a reconocer: «¡Los enviados [los profetas] fueron verídicos!» (36, 52).

EL DÍA INMINENTE Y LA REVELACIÓN PROFÉTICA

El Día del Juicio es denominado también «el Día Inminente» (40, 18). En efecto, ya que nadie sino Dios mismo conoce cuándo llegará ese Día⁴⁴, lo razonable y sensato es considerar que «tal vez la Hora esté próxima» (42, 16/17; 33, 63), y no demorar el sometimiento creyente hacia el Dios Salvador, «pues es seguro que “la Hora está en camino”» (20, 15).

La palabra profética no es tanto autorrevelación divina como reafirmación de unas verdades fundamentales —la condición creatural del hombre, la trascendencia y unicidad divina, la responsabilidad del hombre frente a Dios— que los hombres deberían aprender leyendo en el libro de la creación (entendida en sentido pasivo, como conjunto de las criaturas). Mediante los profetas Dios confirma esas verdades y, sobre todo, impulsa a los distintos pueblos a *vivir en verdad*. Y vivir en verdad se reduce a esto: saber que Dios es Creador y que cada hombre ha de responder ante Él, comprender vitalmente que lo razonable es someterse a Dios, vivir como creyente.

43. 27, 87/85; 84/82. La Hora final y el Juicio de Dios Omnipotente tendrán un carácter súbito; serán «como un guiño o más breve» (16, 79/77).

44. «Su conocimiento está junto a mi Señor. Nadie la manifestará sino Él. (...) No os llegará más que de improviso» (7, 186). A los hombres les llegará por sorpresa y «de improviso» (6, 31). En este punto la doctrina islámica coincide con la escatología predicada por Cristo.

Mahoma comparte con las culturas semíticas bíblicas el sentido activo del término *palabra*, aún más realzado en el caso de la expresión «Palabra de Dios (*Khalima*)»⁴⁵. La Palabra de Dios que predicán los profetas tiene poder para transformar el corazón de los hombres y la sociedad entera. La revelación profética es, pues, un modo de actuar Dios en la historia humana.

Desde una perspectiva escatológica cobra pleno sentido esta concepción dinámica acerca de la revelación profética. Dios habla *lanzando la Verdad* sobre los hombres y alterando el curso de la historia: «Di: “Mi Señor lanza la Verdad; conoce perfectamente los arcanos. La Verdad ha venido. Lo falso no crea ni resucita”» (34, 47/48s.).

Una consecuencia cultural muy relevante al respecto es que en el Islam no hay lugar para el relativismo gnoseológico. El Corán pone en boca de Dios esta expresión inequívoca: «Oponemos la Verdad al error, lo descalabramos y en seguida se disipa» (21, 18). La fe en el Día del Juicio viene a ser la piedra de toque más decisiva contra ese relativismo, especialmente contra el relativismo antropocéntrico. También en este sentido la fe en el Día del Juicio aparece así como un pilar fundamental de la existencia musulmana: «El Juicio no pertenece más que a Dios. Él decide según la verdad, pues Él es el mejor de los árbitros» (6, 57).

EL PROFETA, AMONESTADOR Y TESTIGO DEL DÍA

Según el plan salvífico divino, la predicación del Día y la Hora realizada por los profetas pretende «advertir a quienes son injustos y dar albricias a los que hacen el bien»⁴⁶.

Mahoma se autodefine a sí mismo principalmente como el transmisor de la advertencia divina acerca del castigo: «Yo soy sólo un amonestador manifiesto»⁴⁷. Esa función amonestadora se impone sobre la albriciadora, la cual hubiera tenido un carácter *evangélico*, en el senti-

45. Mahoma afirma con cierta frecuencia —citando implícitamente el relato bíblico de la Creación— que para Dios es lo mismo decir y hacer. Su Palabra es omnipotente.

46. 46, 11/12. Dios ha enviado a cada comunidad humana al menos un profeta como testigo (*Shahíd*) de la verdad salvadora que Dios quiere hacer patente a los hombres. El signo que son los Profetas en cuanto Mensajeros (*Mursalín*) divinos a veces actúa como instrumento de salvación, pero en otras ocasiones (para quienes se resisten a creer) desvelan su interior incredulidad de cara al Día del Juicio: «Para que no tuviesen los hombres un argumento frente a Dios» (4, 163/165).

47. 46, 8/9. En una antigua azora del primer periodo en La Meca («El Arrojado») la predicación de Mahoma es descrita como una «advertencia (*dhikrâ*) para los hombres» (74, 39/36). Y el profeta del Islam se muestra siempre como «quien advierte (*Nadhîr*)»; este último término aparece 44 veces en El Corán (cfr. PLATTI, *Islam... étrange*, p. 69).

do etimológico de este término. Ello es debido a que el profeta del Islam contempla con gran pesimismo la naturaleza humana en lo que respecta a su salvación: «La mayoría de los hombres no saben»⁴⁸; es decir, se niegan a abrir los ojos a la fe en Dios⁴⁹.

Mahoma enseña que, ante la predicación de los Profetas, las personas no plantean con radicalidad sus deberes frente a Dios, sino que se detienen en argumentaciones peregrinas: «Tienen un argumento vano ante su Señor; sobre ellos caerá cólera: tendrán un duro tormento» (42, 15/16). Él tiene por seguro que en el Día del Juicio ya no tendrá cabida un hipotético arrepentimiento de quienes han perseverado en la incredulidad (cfr. 4, 22/18).

Mediante un don divino (la fe en cuanto luz para reconocer la verdad salvífica), el hombre puede reconocer la revelación como procedente de Dios («La Verdad» por excelencia); dicha revelación «conduce al camino del Poderoso, del Alabado» (34, 6). El islamismo se funda, pues, en una concepción de la revelación muy similar a la judeo-cristiana, afirmando simultáneamente la dimensión intelectual de la fe —su valor de verdad— y el fin salvador de la acción reveladora divina⁵⁰.

Los Profetas de Dios actuarán como testigos de que Dios, justa y benévolamente, no ha dejado a ningún pueblo sin la ayuda de las amonestaciones, llevadas a cabo precisamente por esos enviados divinos: «De cada comunidad tomaremos un testigo, y diremos: “¡Traed vuestra prueba!”. Así sabrán que la Verdad pertenece a Dios» (28, 75).

En sus primeras prédicas Mahoma llegó a afirmar que en el Día de Juicio «cada comunidad será llamada junto a su Libro» (45, 27/28); según esto los judíos serían juzgados según el Pentateuco y los cristianos de acuerdo con el Evangelio de Jesús⁵¹. En cualquier caso, será Dios quien en ese Día «juzgará entre ellos en lo que discrepan» (2, 107/113).

48. 45, 25/26, cfr. 44, 39; 26, 139.

49. El Corán sugiere a menudo que son pocos quienes serán salvados: «Dios da favor a los hombres, pero la mayoría de los hombres no agradecen» (40, 63/61).

50. En el Islam se reconoce tanto la raíz intelectual como volitiva de la fe. La encamina al hombre hacia la Verdad, pero entre los hombres —piensa Mahoma— «la mayoría de ellos siente repugnancia hacia la verdad» (23, 72/70).

51. En una aleya se afirma incluso que todos los judíos acabarán sus vidas provistos de la fe en Dios que salva: «Entre la gente del Libro no habrá [uno solo] que no crea en Él antes de su muerte» (4, 157/159). Pero en otros muchos lugares aclara Mahoma que la fe sin las obras no es auténtica fe, pues no es obediencia a Dios (cfr. acerca de los judíos: 3, 69s.).

REVELACIÓN DIVINA Y LIBERTAD ANTE EL JUICIO: «¿NO RAZONARÉIS?»

Con cierta frecuencia El Corán menciona la realidad de una revelación de Dios mediante sus criaturas. Él ha llenado de *aleyas* —es decir de signos mediante los cuales podemos reconocer a Dios como Señor— el mundo que habitamos⁵² y los acontecimientos de la historia de cada pueblo⁵³.

Dios ha donado al hombre una inteligencia capaz de entender esos signos. Por dicha razón, Mahoma apela continuamente a sus oyentes para que reflexionen y mediten en las realidades que expone ante sus ojos: «Os hemos hecho descender un Libro en el cual está vuestra amonestación. ¿Acaso no razonaréis?»⁵⁴; «Tal vez vosotros reflexionaréis» (16, 92/90).

Bien es cierto que esa apelación es a menudo desechada por los hombres. En efecto, la obstinación deliberada, la negación radical a someter su vida a Otro (es decir, aquello que constituye el núcleo de la incredulidad), es capaz de oscurecer los signos divinos: «Las aleyas y advertencias no sirven a unas gentes que no creen» (10, 101).

En cuanto esta actitud comporta un desprecio del Testimonio divino e incluso la mentira acerca de la autorrevelación de Dios, quienes la adoptan cometen la mayor injusticia posible y se hacen merecedores del más duro castigo: ser «los huéspedes del fuego (...) eternamente»⁵⁵.

52. Este es uno de los temas desarrollados en la azora n. 16, titulada «La abeja». Mahoma señala allí cómo la labor de este insecto y otros muchos fenómenos de la naturaleza son intrínsecamente teleológicos y se corresponden con los decretos providentes de Dios Creador (cfr. especialmente 16, 67/45s.; 3, 187/190s.).

53. Cfr. 21, 8-20. En especial, el hombre debe escrutar las manifestaciones de la Bondad Providente divina en su propia vida (cfr. 16, 80/81). Pero también ha de aprender a curarse en salud, contemplando los castigos de Dios que han sufrido los pueblos infieles, aquellos que desoyeron a los Profetas. Además de referirse al exterminio de algunas tribus arábigas, Mahoma concede una importancia emblemática a la historia de Moisés y el faraón egipcio, la cual es relatada múltiples veces a lo largo de su predicación. En estos acontecimientos de la historia «hay una aleya para quien teme el tormento de la última [vida]» (11, 105/103).

54. 21, 7. Resulta intrigante advertir con cuánta frecuencia Mahoma —que nunca puso por escrito sus prédicas— emplea imágenes y términos relativos al ámbito semántico propio del mundo de los libros: el mensaje que transmitía oralmente es descrito a menudo como «El Libro»; la Verdad divina es igualmente denominada como «El Libro» celeste o «Madre del Libro» (es decir, origen de la revelación); los signos que llevan a reconocer la presencia de Dios son denominados «aleyas» (*versículos*, aunque ciertamente este último término también se empleaba en su época para referirse a los *signos*); las acciones de todos y cada uno de los hombres van siendo recogidas en otro Libro, el cual «será depositado» ante la humanidad en el Día del Juicio (18, 47/49).

55. 7, 34/36s. Otra expresión análoga: «Esos serán los dueños del fuego; ellos vivirán en él eternamente» (2, 259/-; 214/217; 2, 75/81). Hoy en día, empleando un lenguaje menos arcaico, se expresaría esta idea diciendo que *el fuego será dueño de los incrédulos*. El Corán denun-

CONCLUSIÓN

El profetismo de Mahoma, en cuanto ha quedado reflejado en los textos coránicos, tuvo una esencial dimensión escatológica. En sus discursos enfrentaba constantemente a sus compatriotas con lo que él consideraba una realidad casi evidente, cognoscible con un mínimo de esfuerzo reflexivo, a saber: que la vida del hombre no acaba con la muerte y que cada uno habrá de dar cuenta de sus obras ante el único Dios Creador.

Dios es un Juez Justo, y un castigo insoportable espera a los soberbios que no le obedecieron durante sus vidas terrenales. Simultáneamente Mahoma excita la esperanza de quienes se someten a Dios —los creyentes— reiterando sin cansancio que el Dios Justo se revela especialmente en su Misericordia. Cualquier lector de El Corán puede advertir que estas referencias informan casi cada azora de este texto religioso.

El Día del Juicio es, dentro del Islam, un nervio vital desde el punto de vista de la predicación, del dogma, de la praxis moral y de la existencia creyente. Ciertamente, como ha escrito Jomier, constituye «uno de los artículos principales de la fe musulmana» y una promesa (*wa'd*) esencial de Dios⁵⁶. Pero, según hemos examinado, la realidad del Día no es sólo un artículo de fe, una creencia. Resulta necesario añadir que, desde un punto de vista existencial, contiene en sí unos elementos apelativos y unas implicaciones gnoseológicas que están ausentes en otras muchas expresiones del monoteísmo.

La fe en el Día del Juicio y en la última Hora (*al-Sâ'a*) presupone creer en la unicidad divina, pero dicha fe subraya además de modo inequívoco el carácter trascendente de la verdad y compele a cada persona a orientar su vida de cara a la Verdad que procede de Dios y frente a Dios que es la Verdad.

Para los teólogos cristianos, el análisis de un concepto islámico tan rico y plurifacético como es el de *Yawn al-dîn* llevará sin duda a considerar el valor intrínsecamente religioso que representa para el hombre la reflexión sobre las grandes cuestiones escatológicas, y especialmente sobre el Juicio divino que espera a todo hombre al final de su vida terrena. Eludir en la investigación teológica o en la predicación

cia como error la creencia de quienes piensan: «El fuego no nos tocará sino días contados» (3, 23/24s.); la verdad es que, por el contrario, «no podrán salir del fuego» (2, 162/167). Ya hemos visto cómo en muchas ocasiones Mahoma se refiere al castigo eterno con términos más genéricos: «un castigo doloroso» (2, 98/104); «el tormento más duro» (2, 79/85).

56. J. JOMIER, *Dieu et l'homme*, p. 118. Que la vida humana no concluye con la muerte «es el quinto artículo de la fe musulmana» (D. STEIGERWALD, *L'Islam*, p. 211).

este tema comportaría hacer violencia, no sólo a la revelación bíblica, sino también a las exigencias de una religiosidad auténticamente humana. Todo ello redundaría en una notable pérdida de eficacia en la labor evangelizadora.

Por otra parte, ante un panorama cultural donde el amor a la verdad se muestra muy debilitado, ya sea por la ausencia de pensamiento riguroso o por la edulcoración del mismo («*il pensiero debole*»), la consideración del Juicio divino ofrece un punto de apoyo muy sólido y eficaz para denunciar relativismos más o menos implícitos y para estimular ese amor originario hacia la verdad que posiblemente resulta ser el más decisivo de los «*preambula fidei*».